



Fernando Alegría:

“Me interesa rescatar la historia de los héroes sin monumento”

ANA MARIA FOXLEY

Miembro notable de la Generación del 38, junto a Francisco Coloane, Nicomedes Guzmán, Guillermo Atías..., Fernando Alegría marcó a los escritores del 60 y 70, con *Caballo de copas* (1957), una novela picaresca de aventureros, vagos y *gangsters* latinos en San Francisco, que se transformó en un clásico y, en relecturas posteriores, se decodificó como *novela del exilio*.

Entre ediciones y reediciones, Alegría ha publicado 42 libros. Entre ellos destaca su *Historia de la novela hispanoamericana* de la que acaba de salir su última edición en Ediciones del Norte, (Hannover), con el título de *Nueva historia...*, y que incluye hasta la década del 80. En sus planes están una memoria sobre su experiencia en El Salvador y centroamérica. También tiene a medio camino una novela que narra un aspecto distinto de las aventuras de los chilenos que fueron a “hacerse la América” en la época del oro, en California. (“No tiene nada que ver con *Fulgor y muerte de Joaquín Murieta...* advierte Alegría). Además publicará el segundo volumen de *Una especie de memoria* y, cuando regrese a Chile, en abril, lanzará su biografía, *Allende, mi vecino el Presidente*.

Hace algunos meses dio a conocer *El Evangelio según Cristián, el fotógrafo*, que se originó en la historia verídica de Cristián Montecino asesinado en Chile después del golpe y que ya había contado

“Alegría ya viene” advirtió Poli Délano, presidente de la SECH, al participar en el homenaje que le hizo la U. de Stanford en Palo Alto (California) a Fernando Alegría que cumplió 70 años, 50 de ellos como escritor. Alegría ya llegó, se puede afirmar ahora. Aunque él jure que nunca se ha ido, a pesar de haber vivido 48 años fuera de Chile.

en *El paso de los gansos* (1975). Sólo que ahora le agregó a otro personaje que revivió la tragedia: Rodrigo Rojas, también fotógrafo, también asesinado en Chile...

Así como en Stanford (Estados Unidos) le rindieron homenaje dentro del contexto de *El modernismo a cien años de Azul*, vino a Chile especialmente invitado, como figura principal, a un seminario de la U. Católica sobre Rubén Darío.

Director del Departamento de Español y Portugués en Stanford, por muchos años, jubiló con honores. Ahora sólo hace un seminario al año, escribe, y da asesoría a esa Universidad. Por ejemplo cuando se trata de establecer convenios con otros centros de estudios latinoamericanos. En el caso de Chile, Alegría contó que es probable que pronto —cuando se solidifique la democracia— la U. de Stanford establezca un campus a través del *Overseas Studies*, en colaboración con organismos académicos como Cieplan, Cenecca, Arcis, Flasco, Ilet...



Fernando Alegría pisó nuevamente las calles santiguinas, respiró los nuevos vientos democráticos y conversó, en su hotel favorito a los pies del Santa Lucía.

—¿Qué ha sentido con los homenajes que le rindieron al cumplir 70 años, 50 como escritor y 48 fuera de Chile?

—He pasado años escribiendo y yo concibo esto como una constante en el tiempo. Sin comienzos ni finales. Luego va a aparecer lo último que he escrito, una novela biográfica sobre Salvador Allende. Trabajé más de tres años en ese libro y sería muy fácil decir que este es un ciclo que lo comencé *Recabarren*. No. Ha sido una constante, y es una corriente de tiempo que sigue abierta, ojalá con el mismo dinamismo con que empecé.

—¿Cómo ha logrado mantenerse tan “cerca” de Chile?

—Es verdad que yo nunca he salido de Chile. He pasado el tiempo afuera, pero he seguido viviendo en Chile porque todas mis raíces están acá, culturalmente ha-

blando. Pertenzco a este país y aquí vivo, escribo y edito la mayor parte de mis libros, aunque durante los trece años en que no pude volver, desde 1973, tuve que publicarlos en México y España. Me gustaría poder decir que geográficamente también he estado aquí. Pero la vida le va armando a uno pequeñas trampas muy efectivas que, en mi caso se llaman nietos: tengo cuatro hijos y seis nietos y todos viven ahí en California. Uno no puede decir “adiós, nos vemos en el futuro”... por lo demás es muy fácil para mí ir y volver y estoy convencido de que a partir de este período voy a pasar más tiempo aquí.

—¿Desde que pudo entrar, en 1984, ha notado cambios radicales en los chilenos?

—En mi experiencia de Chile hay una interrupción que no estoy seguro de entender muy bien todavía. Estoy convencido que cambió algo esencial en Chile y ese cambio se refleja en mi vida en un grado muy profundo. Sin embargo, me gusta ver que gran parte de la juventud chilena votó por el NO, es decir, algo también esencial no se ha perdido. Creo que uno de los resultados mejores de la publicación de mi libro (sobre Allende) sería que los jóvenes captaran la onda, que aprendieran a conocer quién fue Salvador Allende. Mi libro no es un libro de santos, ahí hay un hombre de carne y hueso, que lucha, cae, se levanta, triunfa, fracasa... Las nuevas generaciones tienen que conocer eso...

“Es un plano sentimental, casi impresionista, no soy el único chileno que dice: el Chile que conocimos se acabó. El difícil definir los quiebres, es mejor sugerirlos.

—Usted ha acogido y convivido con exiliados ¿cómo vivió ese exilio acompañado?

—Los exiliados que más huella dejaron en mi casa y en mi familia fueron casi todos autoexiliados, en un principio: Cortázar se autoexilió y después se vio obligado a exiliarse por la fuerza. Igual, Rulfo, un hombre a quien yo admiro mucho y a quien considero, tal vez, el más grande escritor latinoamericano. Fue un exiliado interior, que es una condición tan profunda y dramática como el exterior. Yo siempre trato de reconstruir un chilecito a donde voy y eso, naturalmente, atrae a mis buenos amigos, mis compatriotas. En el jardín planto las yerbas chilenas y nos tomamos el vino chileno y hay cosas que nutren la nostalgia: el clima allá es parecido al del valle central, y las plantas y los árboles son semejantes.

“Mi exilio, que en un comienzo fue de raíces sentimentales, se transformó en un exilio político. Pasé trece años de mi vida sin poder volver, trece años de mi madurez intelectual. Fueron años cruciales. Lo que hice fue escribir, probablemente las mejores cosas de mi vida. Escribí tres libros que para mí son fundamentales: la novela corta *Coral de guerra* (1979) donde están las raíces de toda esta crisis social y moral de Chile. Es una metáfora: el diálogo entre un verdugo, una mujer torturada, y su marido. Luego un libro de poemas, *Cambio de siglo* (1984): apareció en una edición bilingüe y tuvo gran impacto. Mucha gente en Estados Unidos me conoce por mis poemas, más que por mi prosa. Y el tercero es *Una especie de memoria* (1983): reconstrucción de mi experiencia literaria y social.

—¿De dónde nace esa obsesión por los héroes históricos: Recabarren, Lautaro, ahora Allende. Quiere salirse de la historia oficial?

—Se podría decir según estos títulos que me atre un concepto de heroicidad en la historia. Pero lo que me interesa rescatar es la historia de los héroes sin monumento, la de los verdaderos héroes, a quienes la historia oficial margina y que, sin embargo, viven en la conciencia social de nuestro pueblo. A mí no me interesa rellenar los huecos que deja la historia oficial, sino mostrar la otra historia, de héroes que a veces son antihéroes, según las circunstancias que les toca vivir. Yo, en realidad, me meto con la historia de una crisis social y política en Chile que, a mi juicio, comienza a fines del siglo XIX y se prolonga hasta hoy. De manera que el 73 no es el principio ni el final de nada, es un epicentro entre varios, en un largo proceso.

—Usted describe a Allende como un personaje trágico, contradictorio entre “su papel de revolucionario y su formación de profesional y estadista de la vieja

guardia liberal...” Por otro lado, fue amigo de Allende. ¿Cómo logró separar lo personal de los hechos objetivos?

—Nunca diría que mi libro es una historia imparcial de Allende; uno no habla ni escribe de sus amigos en términos imparciales.

“No quisiera adelantar la tesis de mi libro, pero lo que a mí me atrajo fue escribir la historia de un héroe popular no en el momento cuspide de su victoria, sino en el momento de su caída. Ahí hay algo que estaba latente de antes. La impresión que yo siempre tuve es que un actor llegó a un escenario donde había una representación en marcha, y resulta que la obra que se estaba dando era una tragedia griega en el último acto, y él entró a vivir el desenlace. Lo hizo como un gran actor, como un héroe o un revolucionario. Supo asumir y cumplir su rol.

quince años para no repetir esa historia?

—Sí, me parece que hemos aprendido; creo que la generación de 1970 para adelante tiene que haber aprendido algo. Pero lo que falta por ver si la transición va a reflejarlo. Pero hay factores que para mí son misterio: por ejemplo esta corriente superdivisoria de los partidos. Parece que todo líder siente la necesidad de ponerle su apellido al partido.

“Mi esperanza es que entre los jóvenes aparezcan líderes que hayan aprendido la lección, con un nuevo concepto de la política, no sólo estratégico sino de propósitos.

—De *Una especie de memoria*, Ud. dice que es “una memoria inventiva, una autobiografía plena de ficción, un acercamiento a la historia como poesía”.

—La memoria no es una máquina en la que se vayan registrando sucesos de ninguna clase, sino que ellas van entrando a un

proceso de cambio, y la memoria construye, recrea, nunca entrega con exactitud lo que ocurrió. A mí me gusta mucho la idea de psicólogos modernos que hablan de la memoria como basura...

—Algo suelto y mezclado, un magma impreciso, una entropía...

—Exactamente. Puede tener cosas sublimes y también simplemente porquería, *garbage*, en inglés... Y con el mismo concepto, puede uno conseguir una función poética de gran poder estético. A mí me fascina un capítulo autobiográfico de Virginia Woolf en que decide hablar de su madre, y en vez de describirla y decir como fueron sus relaciones, se dedica a contar un viaje en tren que hizo con ella, pero sin hablar del paisaje o del tren mismo, sino del vestido que su mamá llevaba puesto, de las flores del vestido y de la sensación física de ir sentada en la falda de la mamá. Su literatura está hecha de pausas que, en el conjunto final, adquieren sentido.

un pintor impresionista. Tengo una hija pintora también. Yo también uso lo plástico en el lenguaje; no sólo lo colorístico. Como base de la estructura narrativa, hay un plano espacial.

—Así como la separación de géneros es relativa, eso de las generaciones también...usted dijo que sólo existen la del Centenario, la del 38 y la del 2000...

—Esas generaciones quedan porque traen un dircurso y un proyecto cultural que cambia a toda una sociedad. En la Generación del Centenario hay un proyecto muy definido y que tiene que ver con la vuelta de los modernistas, y en cierto sentido de los vanguardistas, a la realidad americana. Preguntas como ¿dónde vivimos?, ¿por qué?, ¿qué somos?, ¿a dónde vamos?, la veo en Pedro Prado, en la *colonia tolstoiana* en la que hubo músicos, pintores, novelistas, poetas... Esa Generación produce un movimiento que después continúa hasta los 20 y 30. Aparece *Residencia en la tierra* de Neruda, aparece Matta en Europa, vienen a Chile, refugiados del fascismo, Georges Nikolai, Alejandro Lipschutz.

“Y luego, coincidiendo con el Frente Popular, en 1938, aparece otra Generación. Deja una obra creativa en literatura, arte, teatro. Después, la del 50 y 60, es la continuación de un mismo proceso en que surgen nombres que le dan sentido.

“Del 80 al 90 va a cristalizar una nueva Generación de escritores en Chile. El paréntesis cultural que se quiso abrir durante la dictadura no existe. El proceso de creación continuó, dentro y fuera. Y dentro de Chile considero que hay un renacimiento en novela, poesía, teatro y canción en el exilio; hay un resurgimiento de la crítica.

—¿Cuál es la huella de la dictadura en la escritura? ¿Hay una ruptura total de lenguajes y formas?

—Creo que el exilio es la marca del siglo en el campo del arte. Hubo exilio judío, español, alemán, argentino, brasileño, chileno... Dentro de esto hay un exilio exterior, geográfico, y uno interior, de alienación y ambos producen respuestas distintas.

“La búsqueda literaria en dictadura se da de distintas formas. Durante años Donoso expresó sus vivencias a través de metáforas; de pronto viene a ser y siente la urgencia de expresarse en una forma directa, y escribe *La desesperanza*. La escritora Diamela Eltit expresa en metáforas de difícil comprensión su visión de Chile, en *Lumpérica*; luego en *Por la Patria*, entrega un documento profundo... Francisco Simón Rivas entrega una novela documento con una carga política y metafórica... Zurita revive una tradición poética chilena, a través de un lenguaje metafórico que acude cada vez más a la realidad. La gente joven se ha reactivado, quiere expresarse. Aquí hay un proceso de gestación democrática, que constituirá una generación marcada. **W**



FRANCISCO BARRNECHEA

—Parece que usted vislumbró algo que estaba en ciernes de antes en Chile, cuando narró en *Mañana los guerreros* (1964), la matanza de los jóvenes nazis en el Seguro Obrero...

—La historia se repite cíclicamente, si uno se separa un poco y mira para atrás... A mí me sorprendió contar el número de cuartelazos que sucedieron en septiembre, y hubo una serie de turbulencias políticas, conatos de golpe, asalto en el mes de setiembre.

“Hay una cierta violencia inexplicable y que, por la constancia con la que se repite, uno diría que tiene que ver con el carácter del chileno, en su disposición al violentismo. A nosotros nos cuesta reconocer que, bajo un individuo tranquilo, sobrio, el chileno lleve una especie de tigre del que hay que tener cuidado cuando salta. Hay una corriente de violencia va creciendo y así, el año 38 anticipó a 1973...

—¿No cree que Chile haya aprendido algo después de estos

